

ángel sánchez



mercenala



(cuento)

-1983-

## NOTICIA DEL AUTOR

Angel Sánchez nace en Gáldar (Gran Canaria) en 1943

Escribe poesía, cuento, obra visual, ensayo y - ocasionalmente - crítica en diversos medios del archipiélago. Ejerce como profesor de idiomas en Las Palmas.

Sus últimos títulos publicados son:

"Némesis" ( poesía visual )  
Santa Cruz de Tenerife, 1980

"Caletón Point" (poemas) Santa Cruz de Tenerife, 1982

"Unos cuantos cuentos" Las Palmas, 1982

"Ensayos sobre cultura canaria" Las Palmas, 1983

EDITA E IMPRIME: Jorge Luis Sosa Campos  
(En trámite)

DEPOSITO LEGAL: TF. 1554/1983

PORTADA: Angel Sánchez

## MERENALA

para Nacho Miranda

Cuando los veraneantes principales terminaban por volverse al pueblo, los más en sus cochazos a cual mejor, y cuando los otros anónimos de acotejo diario cogían la última guagua directa, podía decirse que la playa volvía a sus madres y se paraban los relojes de sal en las repisas hasta la temporada siguiente. Podían salir las costeras entonces a colgar las cáscaras de naranja en la liña para que se secaran al oreo sin temor ya a que el turismo quisiera comprarlas a pie de peladura (lo que muchos hacían alertados por sus guías, como otras veces venían a las sardinas a pie de barquillo) no se sabe por qué otras cualidades afrodisiacas o curativas, aparte de que se sabía fueran buenas para el

mal de cruz, que era lo más que ellas entendían de naranjas airias. Sabiendo que los chonis eran casi todos protestantes este mal - se decía - a ellos no podía darles. Los maridos, en cambio, ya estaban arrancando burgaos en los riscachos, con uñas tales quebradas por el oficio, en una suave posición de descanso - como ranas junto a los charquitos - comparada con el envaramiento de la faena nocturna de arrastre y soñarrera cautelosa.

Las mareas de febrero se tragaban por entonces la arena de toda la orilla de la costa, amontonándola junto a los chabolos de primera fila en playa y llenando los patios donde se cogía el sol en temporada de verano con cantidades tremendas que habría que sacar otra vez a su sitio de ella, llenando cestas pedreras. Los inquilinos que se enteraron por recado urgente de algún playero bien mirado por lo ajeno o conocido suyo, volvían los fines de semana largos a poner en orden su casa paleando el arenal, como por fuera de la Insula paleaban otros la nieve

amontonada frente a sus quicios los días de tormenta.

Veces había en que podía morder la mar tan a fondo que dejaba la subidita de Antúnez desguarecida, colgada la escalera sobre los riscos como un muñón de cemento que no daba al patio arenoso, sino a barranqueras desconocidas, diez metros abajo del nivel normal. Así, los raros paseantes que daban un rodeo por la cornisa de los tarahales, como queriendo seguir la línea de costa hasta el punto donde la boya de reconocimiento separaba las dos playas, cortaban de estupor el paso y cogían un desvío por la llanada que caía al borde de las casas viejas. Cosa de no aventurarse demasiado a bajar a cuatro patas por el ahora peligroso bajío, no habiendo necesidad.

Salía luego la luna por el horizonte casi sin sentirse, echando a andar su coqueteo nocturna, con algún ladrido de perros de azotea haciendo soco a su resplandor nativo.

Era el astro apareciendo talmente una chapa de latón despegada con mucha propiedad de su envase sin el dentado de un torpe abrelatas, cantando su estruendo luminoso de cacharrón de engodos, como que hubiera caído en peso sobre la bañadera mediada de agua añilona donde se torcerían sábanas usadas en la noche negra y casi foscade pesadillas sin control. Todo parecía lunática propiedad si no fuera por las titilaciones eléctricas de allá arriba al fondo de todo, en las medianías de Lugarajo. Era una picana cegadora que torturaba la percepción del rancho de los revolcados, tan usuarios de contemplar el sol de las amanecidas como de contar las luces de tierra en las tardecitas desde los barquillos, si llegaban a aburrirse, entrenándose en el guineo ritual de contabilidad: hay tantas y ayer había cuantas, deben faltar a ver...¿ a ti cuántas te salen...?

- o -

Sería éste más o menos el tiempo en que

apareció el primer montoncito de tierra juntada detrás del portón de Galindo, casado con Siona Mireles de por años. El no le hizo nigún caso y pensó apenas lo cruzaba aquella mañana que sería cosa de niños jugando con tierrita y miaos. Ella sin embargo sí que llegó a tocar la tierra con el pie creyendo que estaría enterrado allí el medio duro que Tanelo le había quitado poco antes del monedero de casa adentro que tan mal escondido tenía bajo la almohada. De modo que, en la idea del escondite, la removió a conciencia con el escobillón, como hacía con tierra empozada, para dispersarla luego sobre el picón del patio.

A partir de ese día empezaron los calambres y las ajiteras sin sentido, a peor estar desde que hacía así y oscurecía, como si estuviera ella esperando el parte de novedades a sus cincuenta casi, y comida arrimada que tenía que evacuar con la pera de goma.

Después se ahogó el pescadito que Martín Luis tenía en su pecera y empezó a mirar los a todos Sambo fijo como una culebra, atra



vesado de ojos, cosa que no acostumbraba ha-  
cer el perrillo ratonero, siempre temedor de  
que lo ajulearan para salir corriendo con el  
remeneo de pie trasero que le daba el nombre.

Cuando supo por las vecinas que a lo me-  
jor había daño echado en aquello o era una  
querencia de ruindad negra fue cuando se de-  
cidió ir al amañado de Rehoyalta, a que le  
dijera qué venía siendo lo que le habían echa-  
do a ella y sobre todo quién, dando el daño  
por seguro, para si pudiera buscar él el re-  
medio si pudiera ayudarla. Que aquello no era  
vivir, de las fatigas y tiriteras frías que  
estaba pasando.

Aunque siempre llegaría a reconocer que  
el hombre la atendió muy bien, no le daba ra-  
zón hasta que ella pudiera llevarle en cacha-  
rritos distintos algunas muestras de arena  
de cementerio, de donde venía la maleza que  
le había caído; raspitas de cal de la pared  
más cercana a la cabecera de la cama donde  
ella dormía y agua de la pecera, aunque no  
fuera la de tiempo ha cuando, que eso era lo  
de menos y donde hubo siempre queda- añadió.

Le recomendaba también mucho que amarrara el perro a cualquier mato gordo cuando se fueran todos ya a dormir, no tuviera más libertad para diabluras en la calma del sueño.

El bienamorado o curandero que vendría mejor siendo, como siempre que se le daban juntos dos animales, uno de pelo y otro de escama, hojeó las "Clavículas de Salomón", librito que atesoraba en una preciosa edición de ciertopelo negro y se puso desde que pudo en los preparativos del remedio.

El día que había quedado en recibir a la atribulada Siona Mireles, después de esperar su vez, le dijo por fin que todo aquel daño negro le parecía a él "venir de un mal oficio encargado ¿no se imagina usted por quién? Por su comadre", precisamente la que ella más apreciaba, madrina que venía siendo de su hijo el más viejo, y que desde luego era mal de celos jeringados porque parece que en sus tiempos ella pretendió a Galindo y ni caso le hizo él. No pudo creerlo Siona de momento, le dio un par de contestas cuando el hombre pretendía sacarle cosas íntimas

de aquellas relaciones y, con pocas ganas, finalmente, lo que él pedía como la voluntad, lo que usted pueda darme, pues nada... Bajó la escalera que la llevaba a la CiudadBaja sudando indignación y duda.

Llegando a la playa en guagua de línea no pudo aguantar más la intriga de saber si sería de veras tanta maldad o cosa de exage raciones y se dio directamente un saltito donde su comadre, en lo bajo de una trasera allá por las Casas Nuevas. Tocó tres veces como solía hacer, esperando ver abrirse el postigo. Luego vio el dedo que ya conocía lev vantando la aldaba del ventanillo: la mirada de Milagrosa, viéndola allí a horas tan fuer ra de costumbre, apretando inquieta el pañuel lo contra la boca, empezando a tiritar de los nervios que había cogido.

Aquella mirada era cualquier cosa menos de sorpresa, por verla de visita, vestida par ra salir. Era una confesión y una amenaza aún más fuerte. Serían los suyos otros ojos que ella no le había visto nunca y le estab an diciendo, por su brillo maligno, que ya

había sido descubierta. Cerró entonces Siona la de Galindo la boca sobre el pañuelo, se trincó las ganas envenenadas de arrancarle los ojos y salió volando de enfrente a aquella casa no fuera a seguirle entrando la maldad por medio de los ojos errátiles y callados de su comadre, que no había dicho palabra al verla, ni resolló tampoco cuando Siona la escupió con rabia.

De una tía abuela de Milagrosita sí se decía que había sido buena sajorina, pero hasta la fecha es que nunca llegó nadie a pensar ni por asomo que tanto daño pudiera darse en secreto por una persona que era como familia, con lo sentida que estaba cuando la ahogadura del pescadito plateado que Martín Luis se sacó en la rifa del Carmen...

Ya se recuperaba bebiendo aguamiel de brigazotes y llevando al cuello el resguardo de cuero con las prevenciones del malojo, cuando el caso vino a resolverse la tarde aquella en que jugaban todas a la lotería so

bre la arena, en la esquina de siempre, al soco de las casas viejas. Sólo faltaba un mon tón de arena en el cartón más vacío de Mila grosa para tapar el quince y llevarse la ma no de cartón.

Ni se había notado su presencia hasta aquel momento, embozada en la pañoleta.

Sacaba bola de la calabaza Eloisita y cuando vino a cantar el número que le daba la mano a Milagrosa pasó el caso de destaparse - entre tan pocos y tan viejos conocedores - la verdadera historia. Había que responder "la niña bonita", pero Siona Mireles cantó "la bruja maldita", en un renuncio que le te nía guardado para soltárselo la primera vez que hubiera más gente alrededor para que per diera el secreto.

Fue al oírle el güiro cuando Milagrosa hizo la mueca perversa que no se le conocía y derramara violentamente arena, cartón y to do sobre las vecinas al levantarse y saliendo de estampida con dirección a su casa se tran có allí dentro ni se sabe el tiempo. Hasta que no se supo de ella, si se habría embarca

do ni dónde podía parar, que ni los fiados de la tienda pagó al irse. De donde Siona se vio obligada a contar en público cómo habían pasado las cosas, con asombro y reprobación de las vecinas. ("Dios la perdone por haber tratado con el Malo"). Tarde venían a comprender el amalezamiento que había traído de bruja y cómo ni en la familia de ella sabían sus ruindades. A Siona no le perdonaron el pudor de su reserva, por no saberlo antes para proteger a los niños suyos del malojo.

- o -

El rancho de los echados las más veces paraba en el vano libre bajo la terraza del bar de Oliva. Desde media mañana se agazapaban, tendidos unos sobre el costado, otros boca abajo como amontonando arena bajo el pecho, mirando al resto de la playa con la collilla de 'mecánicos' en la boca, hasta que el más animoso en desafiar una comilona al pierde paga traía el mazo de cartas y los despertaba haciéndoles coger en las manos los mi

llos de arrayar la primera sanga.

Tomando oficio el lugar de plaza pública, casino y echadero de mentiras, las columnas bajo lo de Oliva concentraban a los desocupados con querencia de piso blando y compadre. A más de que la arena no mancha la ropa, todo lo más es polvillo lo que queda y puede sacudirse al arrancar la caña.

Pasaban allí en invierno las horas muertas, asocados contra el aire frío de la costa, protegidos también por el muelle; y en verano al frescor del lugar entre las columnas de obra, descansando del solajero externo.

La sociedad - como llamaban los de la costa a aquellos escasos metros de arena revuelta con colillas de virginio, filtros de rubio y cáscaras de manises taperos - cumplía la función de segundo hogar. Era esto de tal modo que muchas veces se pasaba del dormitorio propio al echadero público descubierto de la sociedad sin apenas tiempo de caminar unos pasos, ya fuera a la barrá de Isidro o al bar Juventud Mexicana para repostar con

un pizquito peleón, eructando la caballa hecha con fuego más que otra cosa.

Siempre había alguien vigilante de la nada en el chaflán de la marina, sacándose con las uñas de la mano derecha púas de tunos mal barridos que le escocían la izquierda.

También los perros de las cercanías tenían su echadero resguardado al final de la playa, allí donde la marea chupaba la arena descubriendo una cueva poco accesible, cuando no venían en bajamar a cazar ratones. Aquellos animales, después de una noche de conquista o merodeo, ladrando a las mascaritas que paseaban por la calle, solían buscar en el lugar opuesto al rancho humano la tranquilidad del débil sol calinoso que les hiciera dormir dándoles en plena barriga, echados como estaban paralelamente al suelo y tan metidos en sus sueños que ni los reactores furiosos como truenos y rápidos como rayos que despegaban de la Base Conjunta, ni la misma turbina eólica que había estado funcionando ni se sabe los años en la fábrica de nitrogenados, los conseguía despertar.



A los ratoneros sueltos de la calle y al pastor alemán muy cruzado, propiedad de Ojeda el de la Palmita, se habían unido dos pequineses venidos de Tufia, perdidos a pie ligero del control de sus dueños, que a saber si buscaban con ello el roce social y la enseñanza instintiva de sus mayores en alzada y peripecia nocturna o si lo que querían era volver como hijos pródigos, magullados de la aventura irresponsable, buscando el mimito de los niños de la casa y la querencia del bidón y el saco, de tantos huesos de dátiles como escondían bajo tierra...

Como los domésticos dormían mucho más tiempo de noche que los sueltos, la disputa del lugar era fija. Hasta que estos últimos acordonaron el territorio con sus meadas para dormir la resaca y no ser molestados por el olisqueo de los madrugadores caseros.

Eran los primeros en salir del portón a las claras de la faena y habían aborrecido las tripas finas del pescado ruin. Penalizaban con una clavada al alborotador que

se pusiera más a uña, persiguiéndolo como en curva geodésica por la orillita de espuma hasta castigarlos al final con la mordida del placer.

Si la vecindad conservaba en horas de la mañana su pequeño radio de acción - las mujeres haciendo la comida y los hombres en lo suyo, que no era poco - el grupo de perros podía ir tan limpiamente a restaurar fuerzas hasta que, despertados por algún grito u olor de niño cercano, saltaban por los riesgos, evitando la marea que empezaba a subir, y oteaban las raspas de caballa que ya Isidro había dispuesto para ellos en el bidón trasero, tras las primeras consumiciones de los más madrugadores. El mayor de los perros debía volcar el bidón de las sobras con un principio rutinario de conocimiento dinámico causa-efecto aprendido de los más viejos, o mejor: con la costumbre instintiva de no sobrevivir a los olores punzantes sin antes probarlos.

La llamada marina empezaba entonces su música como si hubiera conectado un canal acústico de runruneo de faena. Silbaban los sedales en el arrastre, cortaba la mar la proa de los primeros barquillos en llegar y no daba avío la cafetera en las casas llenando termos para calentar a los costeros.

Todo iba más o menos de este talante hasta que se empezaron a notar en la vecindad los primeros preparativos para ampliar la Base Conjunta. El islote pelón que de siglos había estado drenado al fondo de la playa, a media distancia del horizonte, comenzó a llenarse de puntitos blancos y grises, de antenas y vigías, murallas de espinos y hangares, cuyo acarreo desde el aerodromo podía dar trabajo a la pollería desocupada de los alrededores, viciosa hasta entonces con vivir al día para sacarse la fuma.

El paseo de arrastrar bicheros al muelle viejo quedó en el olvido y empezaron a caer los beneficios del buen sueldo fijo en aquellos de la costa que, por dejar a un lado el chinchorro, nasas y bicheros, dijeron

de irse a desmontar terreno con los tractores para tener mantención asegurada.

Jornaleros venían las veces con su petate de dril al hombro desde Mar Pequeña, la Pasadilla, desde Piso Firme y aún desde el lejano caserío del Medio Pañuelo, arrastrando a la parentela arramblada del Palmital, Jacomar o El Cabuco, esperando cada uno de ellos ser señalados por el dedo del capataz de contratas. Si esto sucedía se les rapaba a los que iban a quedar fijos cabeza e ingles al uno, cosa de eliminar contagio de parásitos y prevenir la tiña rabiosa. Se les daba mono de trabajo, colchón de crin para aguantar las ralentadas en el corralillo de aparcería donde pernoctaban y un tractor de sorriba, con las condiciones del ajuste muy claras sobre el papel, donde estaba el cuadro en que había que poner la conformidad con un dedo en tinta.

Mientras trabajaban, haciendo mezcla a pie de piconera, no dejaba de soñar el peonaje, contándose entre ellos míticas cacerías. De cuando, niños ellos, fabricaban corchos

de huronera con flor de pita y no había tu nos moscateles blancos suficientes para el hambre gatuna de aquellos irresponsables fi nos como el diantre, de hocico goloso como de raza que eran. De cuando hacían jiñeras en las horas muertas bajo el emperrado o sa caban correlones de los majanos, o de cómo abrían tunos indios con púa en la ladera o cardaban moras en las vereditas de Barranco Oscuro; historias todas de mejores años de labranza, cuando no sabían ellos que la mez cladora estuviera ya inventada y empezaban los galletones más despabilados a sacarse el carnet de tractorista.

Los beneficios se hicieron notar desde entonces en la playa: ya no había por qué es tar haciendo cola para llenar cacharros en el pilar, pues el agua de abasto corría al fin de casa en casa. El campo de fútbol del Marina C.F. quedó acabado con gradas y ves tuario, gracias a derramas equitativas de los jornaleros socios del equipo, y serlo del club de sus amores se tenía como una gran ciudadanía. El hambre mitigado con pejín y

harina de cigarras dio paso a las calorías suficientes como para poder dejar la arena del echadero a ciertas horas, irremediable destino que les esperaba y que, antes del nuevo orden laboral - a las siete subía la cuadrilla a los camiones -, les cumplía a to dos ellos pasados los cuarenta iguales.

Hasta el timbirique de Eusebio, donde se servía la mejor pota en su baba de toda la costa, pasó a llamarse el 'Merely Nothing Beach Club', juego de palabras que ninguno - salvo, acaso, su nuevo dueño - entendía por aquellos andurriales, y a quien no lograban comprender si intentaba explicárselo. Venía siendo aquel nuevo arrendatario un hijo de costero y empaquetadora de almacén, embarcado muchos años en un rompehielos noruego, por lo que regresaba hablando el inglés mejor que su lengua nativa. Queriendo atraerse Yimi Munguía, que así se llamaba, a la marinería aliada con el gancho del atractivo nombre en clave - sabía él como poco que el lugar, desde la Marina hasta Tufia, se llamaba Merena la desde siempre - acabó sacándose de la man

ga un trabalenguas indígena siempre que pretendía explicarles la travesura fonética en que basaba todo el reclamo.

Había puesto mesas nuevas, barra chapa da y un toldillo a rayas verdes y blancas que daba sombrajo a una cuadrícula de arena donde el muchacho ayudante traía las consumiciones. Se puso de moda ir las tardecitas al Merely a tomar la arrancadilla, contar mentiras y recogerse temprano para estar frescos con la prima del día. Sólo viernes y sábados podían quedarse hasta ver amanecer por el horizonte.

Mireles parecía ser el más aburrido por el cambio de nombre pues, de llamarse el bar Los Pescaditos de Eusebio - primo suyo que heredó el local cuando a él le tocaron las salinas - pasó a llamarse algo parecido a su apellido. Y ya corría la voz de que él tenía parte en el negocio con su nuevo nombre extranjero, de que estaba asociado a Chago, o Yimi, Munguía. De relance parecía que le caían a él todas las chanzas y nunca iba a desengañarse que el nombrito jodelón tuviera que

ver algo con una bobería del burletero indiano, como pensaban Simeón Dévora o Lolo Peñate, su concuño, que se habían vuelto sus más fieles buscadores de cosquillas, atacándole siempre que podían.

- o -

Los preparativos de puesta a punto de la Base estarían bastante adelantados para aquel setiembre ya cercano en cuanto llegaban a presentarse hasta seis containers diarios con material de alta disuasión. Los que cambiaron el sedal por llevar a hombros la alta tecnología del pueblo amigo, como años atrás habían acarreado la leche en polvo y el queso amarillito que daba gusto, debían descargarlo todo como pisando huevos. Tan delicado era el sistema que transportaban que si una tuerca se salía de sitio por mor de su brusquedad el sistema defensivo entero como quien dice del bando nuestro podría desconchabarse y no responder en su debido momento.



Las cosas iban peor - se decía en la so  
ciedad -,ninguno de los dos que más mandaban  
a un lado y otro de las mareas del viejo océ  
ano quiere aflojar el maromo. La inspección  
del tribunal de Deshechos Humanos tampoco po  
día impedirles que cualquiera de ellos tuvier  
a la mala sangre de ir a apretar el botón  
de las mil miserias seguidas. Inclusive la  
línea caliente la tenían desenchufada y los  
juegos de guerra desconectados por si las  
moscas.

Hablaban tan técnicamente de ello los  
corresponsales de la radio en el teatro euro  
peo que ni habían parado en mientes al oír  
distráidos el parte, como fondo de una mano  
de sanga, de que aquello tuviera que ver con  
ellos en la playa, mordisqueando como estau  
ban por entonces los espinazos de caballas  
fritas, alegres en el fondo por el buen ron  
del país, sacándose púas de tunos mal barrii  
dos, cara al poniente agosteño. Quién iba a  
darles un susto ya a ellos ni qué cosa peor  
podía pasarles, ya de por sí fajadores del  
hambre en bloqueos anteriores, en asedio de

piratas, si no había peor gas letal que el conocido: aquella seca que traía el hambre mocha, porción de fiados y dioselopague, para ir tirando...

Estando Mireles una de aquellas tardes en el testero del 'Merely Nothing'; mientras alzaba su cuartillo de cartadioro hasta la altura de los ojos, por ver si su reprimó no ruego por lo menos era aseado enjuagando los vasos y no venían chorreando el agua del fre gadero sobre la medida roja, el bueno de Mi reles con sus pupilas hechas a tanto pescado escamado seguía con pereza habitual el rumbo de una escuadrilla que, como del sureste, si lenciosamente, se presentó a dejar en el pai saje la sorpresa de su llamada como una de finición. Y esto no lo imaginaba Mireles si guiendo las líneas paralelas de humo de las turbinas, sino que fue al parecer suyo como sentir el tufo de azufre que dejaba el Malo cuando hacía una perrería.

- ¡Arrecha! -llegó a decir con la palabra tribal que convenía a su olfato, incrédulo como estaba frente a algo que no comprendía.

Fue como si de un golpe seco dos manos celestiales exprimieran el zurrón del infierno tan temido, arrancando una ventosidad al grandísimo pellejo curado al oreo que era el planeta, en el lugar donde previamente se había hecho aquel silencio nimbado como de media hora, ni frío ni caliente, sino tibio, por lo que estaba Mireles para vomitarlo de su boca.

Aquel que - ya lo decían los libros - sería la señal más propia para creérselo, tal cual te lo estoy contando muy por encima, y no estés imaginándote ahora que sólo por el gusto de llenar papel con letras y que lo escuches sin pensar...

- o -

ANGEL SANCHEZ  
julio '83



**islas canarias**